

PAISAJES DE PAVESE

Introducción y traducción de
Francisco Pérez de la Cadena



TRES ANOTACIONES:

1. Cesare Pavese (1908-1950) es seguramente más conocido por algunos detalles de su vida (como su suicidio) y por su prosa, retrato fiel de un país, una época, unos tipos. Su poesía, más mencionada que leída, ofrece dos títulos bien significativos: *Trabajar cansa* y *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos*, además de un sinfín de poemas dispersos. Einaudi ha publicado su poesía reunida (en edición de Mariarosa Masoero) y Visor, en español, ha publicado *Poesías completas*, siguiendo la edición de Italo Calvino, con traducción de Carles José y Solsora. La segunda no es tan completa como se anuncia: faltan en ella algunos de los poemas de la época de *Trabajar cansa* y algunos anteriores y posteriores a ella. Todos los paisajes numerados corresponden a esta obra, salvo el paisaje sin número y el esbozo de paisaje, escritos durante la época posterior a la publicación de esa obra.

2. La temática pavesiana es una sola: el ser humano, doliente, en su paisaje. Los personajes de sus novelas y relatos son, efectivamente, seres que sufren. No encuentran su puesto en la tierra, se sienten solos y marginados, no comprenden los vaivenes de la vida a su alrededor, carecen de apoyos en los momentos más significativos de la misma. Nada, como se ve, que no le ocurra a cualquiera. Nada que no le ocurriera a él, como deja bien patente en su diario *El oficio de escribir*.

Y esos seres ocupan un lugar circunstancial en el paisaje: la noche de fiestas veraniegas en un pueblo, el río y la playa de los desocupados, los inviernos fríos con cielos negros repletos de estrellas. Producto quizá de una época muy concreta de historia de Europa, sus estampas casi impresionistas a veces son equivalentes a las del cine neorrealista italiano. Quizá con una diferencia: Pavese muestra, no juzga.

3. Lo que no quiere decir que a Pavese la moralidad le sea indiferente. Bien al contrario: el suyo fue un mundo confuso y enrevesado, quizá como el de todos. Una época en la que había que tomar partido de un modo u otro. Algo que quizá le pesara en exceso. Sus poemas titulados genéricamente "Paisaje" (aunque 8 de los 9 van numerados y uno más es un esbozo) utilizan, esquemáticos, personajes similares a los de su narrativa: campesinos, jóvenes insatisfechos, marginados. Sobre el fondo de la campiña italiana: que se convierte así, no sólo en trasfondo, sino en trasfondo moral. La dificultad de vivir, la miseria, la idiosincrasia popular, la elección entre el bien y el mal, el deseo y la molicie, la dificultad de progresar en un mundo hostil; temas recurrentes en sus poemas que alcanzan así un tinte moral que admite una doble lectura: la simplemente literal y descriptiva, destellante, poderosa, y la indagatoria en el alma humana, que ahonda en lo que todos, de un modo u otro, somos.

PAISAJE I

(al Pollo)

Ya no se cultiva la colina aquí arriba. Persisten los helechos y la roca desnuda y la esterilidad. Aquí, el trabajo ya no sirve a nadie. La cima, socarrada, y el único frescor es la respiración. La gran fatiga es subir hasta aquí: subió una vez el eremita y desde entonces sigue aquí, recuperando fuerzas. El eremita se viste con pieles de cabra y lleva sobre sí un olor almizclado a bestia y pipa que ha impregnado la tierra, los matojos, la cueva. Cuando fuma su pipa, bajo el sol, apartado, si lo pierdo no sé reencontrarlo porque es del color de los helechos socarrados. Suben los visitantes que se dejan caer sobre una piedra, sudorosos, jadeantes, y lo encuentran tumbado, los ojos en el cielo, respirando bien hondo. Claro que ha trabajado: sobre el rostro renegrado ha dejado que crezca la barba, unos ralos pelos rojos. Y depone su estiércol en un espacio abierto, secándose al sol.

Las bardas y hondonadas de esta colina son verdes y profundas. Entre las viñas, los senderos conducen a lo alto, hacia los grupos locos de muchachas vestidas de colores chillones, que hacen fiestas a la cabra y gritan desde lo alto a la llanura.

A veces aparecen hileras de cestas de fruta que no llegan a la cima: los paisanos se las llevan a casa cargadas a la espalda, retorcidos, perdiéndose en la espesura.

Demasiado tienen ya que hacer como para ir a ver al eremita los paisanos: pero bajan y suben y cavan con fuerza. Si tienen sed trasiegan vino: se llevan la botella a la boca y elevan los ojos a la cima socarrada. De mañana, con el fresco, ya están de vuelta agotados del trabajo del alba y, si pasa un mendigo, toda el agua que los pozos dan a los cultivos es para que él la beba. Rien maliciosos al grupo de mujeres y les preguntan cuándo, revestidas de pieles de cabra, yacerán en las colinas tostándose al sol.

(1933)

PAISAJE II

La colina blanquea bajo las estrellas, la tierra al descubierto; se verían los ladrones ahí arriba. Entre las bardas del fondo las hileras están todas en sombra. A allá arriba, donde también las hay (y que es tierra de quien no bromea) no sube nadie: aquí, en lo húmedo, con la excusa de ir a por trufas, entran en las viñas y saquean las uvas.

Mi viejo ha encontrado dos raspas tiradas entre las plantas y esta noche rezonga. La viña viene escasa: día y noche en la humedad no brotan más que hojas. Entre las plantas se ven, bajo el cielo, las tierras desnudas que de día les roban el sol. Arriba brilla todo el día y la tierra es caliza: se ve en la oscuridad. Y allí no brotan hojas, la fuerza se va toda en uvas.

A mi viejo, apoyado en un bastón en la hierba mojada, le tiembla la mano: como vengan los ladrones esta noche se pone en medio de las hileras y les parte la espalda. Gente a la que hay que tratar como a bestias, que no van a contarle. A cada rato levanta la cabeza olfateando el aire: le parece que de la oscuridad le llega una punta de olor terroso a trufas excavadas.

Sobre las lomas altas, extendidas al cielo, no existe la molestia de los árboles: la uva se arrastra por tierra de lo que pesa. Nadie puede esconderse: en lo alto se distinguen las manchas de los árboles negros y ralos. Si tuviese la viña ahí arriba, mi viejo haría la guardia en casa, en su cama, apostado el fusil. Aquí abajo, ni siquiera le sirve, porque en la oscuridad no hay más que follaje.

(1933)

PAISAJE III

Entre la barba y el gran sol puede pasar la cara, pero es la piel del cuerpo la que trémula blanquea entre remiendos. No basta la mugre para ocultarla con lluvia o con sol. Paisanos renegridos lo han mirado una vez pero su mirada perdura sobre ese cuerpo, camine o se entregue al reposo.

De noche, los amplios campos se funden en una sombra grávida, que penetra en hileras y plantas: sólo las manos conocen los frutos. Parece un paisano, en la sombra, el hombre andrajoso: pero rapiña algo y los perros ni se enteran. De noche, la tierra no tiene dueños sino voces humanas. El sudor no cuenta. Cada planta tiene su sudor frío en la sombra y ya no hay más que un campo, para nadie y de todos.

De mañana, este hombre a jirones y trémulo sueña, tendido junto a una tapia que no es suya, que los paisanos

lo arrinconan y quieren pillarlo a pleno sol. Le gotea la barba, de rociada fría, y entre agujeros, la piel. Aparece un paisano con la azada al hombro y se seca la boca. No se desvía un ápice sino que lo deja atrás: porque hoy su campo necesita su fuerza.

(1934)

PAISAJE IV

(a Tina)

Los dos hombres fuman en la orilla. La mujer que nada sin romper el agua no ve más que el verde de su escueto horizonte. Entre el cielo y las plantas se extiende este agua y la mujer la surca sin cuerpo. En el cielo se posan nubes en apariencia inmóviles. El humo se detiene en medio del aire.

Bajo el hielo del agua está la hierba. La mujer la atraviesa, suspensa: pero nosotros la aplastamos esa misma hierba verde, con el cuerpo. En toda el agua no hay

otro peso. Sólo nosotros sentimos la tierra. Quizá su cuerpo alongado y sumergido note el ávido hielo que le absorbe el torpor de los miembros caldeados al sol y la disuelva viva en el inmóvil verde. No mueve la cabeza.

También ella estuvo tumbada en la hierba doblada. Con la cara a medias tapada y apoyada en el brazo miraba la hierba. Nadie hablaba. Aún se estanca en el aire ese primer chapoteo que la acogió en el agua. Sobre nosotros se estanca el humo.

Ya ha llegado a la orilla y habla, destellando las gotas sobre el cuerpo tostado que surge entre los troncos. Su voz es el único sonido que se oye sobre el agua -ronca y fresca, es la voz de antes.

Pensamos, tirados en la orilla, en ese verde más sombrío y más fresco que ha abrazado su cuerpo. Luego, uno de nosotros se zambulle en el agua y atraviesa, exhibiendo los hombros en brazadas de espuma, el verde inmóvil.

(1934)

PAISAJE V

Las colinas insensibles que llenan el cielo están vivas al alba; luego quedan inmóviles como si fueran siglos: y el sol las mira. Recubrirlas de verde sería un gozo poniendo en el verde, dispersas, las casas y la fruta. Cada planta en el alba sería una vida prodigiosa y las nubes tendrían sentido.

Sólo nos falta un mar que reluciera intenso e inundara la playa con su ritmo monótono. Del mar no sobresalen plantas ni en él se mueven hojas: cuando llueve en el mar, cada gota se pierde como el viento sobre estas colinas, que busca las hojas y sólo encuentra piedras. En el alba, un instante: se dibujan en tierra las siluetas negras y las manchas bermejas. Luego vuelve el silencio.

¿Tienen sentido las cuevas lanzadas al cielo como casas de la gran ciudad? Están desnudas. Pasa a veces un paisano silueteado sobre el vacío, tan absurdo que parece pasear sobre un tejado de la ciudad. Viene a la mente la mole estéril de arracimadas casas, aceptando la lluvia y tostándose al sol sin dar ni una brizna de hierba.

Para cubrir las casas y las piedras de verde -y que el cielo así tenga sentido- se hace preciso ahondar en lo oscuro con raíces bien negras. Al regreso del alba escurriría la luz hacia la tierra:

un empellón. Toda la sangre sería aún más viva:
porque también los cuerpos son de venas muy negras.
Y los paisanos que pasaran tendrían sentido.

(1934)

PAISAJE VI

Éste es el día en que del río suben las nieblas
a la hermosa ciudad, en medio de prados y colinas,
y la difuminan como un recuerdo. Los vapores confunden
los verdes, pero en cambio las mujeres
la caminan. Van en la blanca penumbra
sonrientes: en la calle puede pasar cualquier cosa.
Puede ocurrir que el aire las embriague.

La mañana
se habrá abierto de par en par en un ancho silencio
amortiguando todas las voces. Incluso el pordiosero,
que no tiene ni casa ni ciudad, lo habrá respirado
como apura el vaso de grappa en ayunas.
Vale la pena el hambre o haber sido traicionado
por la boca más dulce por salir a ese cielo
y volver a encontrar aliento y recuerdos más leves.

Cada calle, cada atisbo de casa
en la niebla, tiene un antiguo temblor:
quien lo siente no puede dejarse abatir. No puede
su tranquila ebriedad compuesta de cosas
de la vida plena, descubiertas al resguardo
de una casa o de un árbol, de una idea imprevista.
Igual que los grandes caballos que pasaron en la niebla
del alba, esas cosas hablarán de entonces.

Ojalá un muchacho escapado de casa
vuelva justamente hoy, cuando sube la niebla
del río y olvide toda vida,
las miserias, las famas y las fes traicionadas,
para detenerse en una esquina, bebiendo la mañana.

Vale la pena volver, ojalá que distinto.

(1935)

PAISAJE VII

Basta un poco de día en los ojos claros
como el fondo de un agua y le invade la ira,
lo escabroso del fondo que el sol riega.
La mañana que vuelve y la encuentra viva
ni es dulce ni buena: inmóvil la contempla
entre casas de piedra que el cielo arrincona.

Asoma el cuerpecillo entre sol y sombra
como un lento animal mirando alrededor,
sin ver más que colores.
Las sombras vagas que visten la calle y el cuerpo
le entristecen los ojos, entornados apenas
como un agua y en el agua se vislumbra una sombra.

Los colores reflejan el cielo tranquilo.
También el paso que pisa los guijarros, lento,
parece pisar cosas, semejante a la sonrisa
que las ignora y que fluye por ellas como agua clara.
En el agua discurren amenazas vagas.
Cada cosa del día se crispa ante la idea
de que la calle estaría vacía de no ser por ella.

(2-7 DE ENERO DE 1940)

PAISAJE VIII

Por la tarde, al aliento del viento,
los recuerdos comienzan a levantar su rostro
y a escuchar la voz del río. El agua
es, en la oscuridad, la misma de los años muertos.

En el silencio de la oscuridad asciende un chapoteo
por el que pasan voces y risas remotas;
acompaña al rumor un color vacuo
que es de soles, de riberas y de miradas claras.
Un verano de voces. Cada rostro contiene,
como fruto maduro, un sabor ido.

Cada ojeada que vuelve atrapa un gusto
a hierba y a cosas impregnadas de soles de tarde
en la playa. Retiene un aliento de mar.
Como mar nocturno es esta sombra vaga
de ansias y escalofríos antiguos que el cielo marchita
y devuelve cada tarde. Las voces muertas
se asemejan al romper de ese mar.

(9 DE AGOSTO DE 1940)

ESBOZO DE PAISAJE

Por la calle caminan cerdos y muchachas con un saco en la cabeza; las gotas de lluvia caen agitadas por el viento. Sonríe cada charco, de un gris azulenco, a las nubes.

En la plaza la gente no discute y andan todos mezclados con cabras y con cerdas arrimados a los muros. Desde una tapia desconchada se yergue, sólida, la masa florida de un árbol.

(MARZO DE 1936)

PAISAJE

De mañana, muchas veces, sobre el hielo del agua, una barca de claras enaguas remonta. Todavía desnuda la escueta colina extendida en la niebla del sol, envuelta de verde pubertad, como un velo. La barca inexperta cabecea a veces y espuma en blanco.

Las muchachas cruzan los brazos por el esfuerzo y se hablan a trompicones. "Ya verás cómo el sol nos broncea". Llevan desnudas las espaldas, al aire. La colina herrumbrosa sonríe en el cielo. Las muchachas la miran de tanto en tanto. La tierra tiene el color que al gran cielo de agosto tendrán hombros y caderas surgidos de las claras enaguas.

Nubecillas floridas puntean los cuellos sobre el espejo del agua. Las muchachas dobladas echan una ojeada a sus pelos revueltos reflejados en agua. Cada una sonríe para sí. Cada una de ellas se limpia de golpe el sudor punzante que les sabe a herrumbre.

A un cabeceo más fuerte abandonan los remos y la barca borbotea. "Verás cómo el sol nos broncea". Caen de nuevo las claras enaguas sobre las piernas. Ninguna aparta los ojos de la bella colina en la que sol evapora el rocío y que pronto llenará todo el cielo.

(ABRIL DE 1938)

